

Cuerpo y Palabra de mujer

SANDRA LÓPEZ*
BEATRIZ VÉLEZ**

Las condiciones culturales en Occidente

han favorecido el surgimiento de una sociedad que instrumentaliza la naturaleza y exagera el esfuerzo logocéntrico como imperativo de la conducta llevando a una escisión en la vida social; de un lado, en lo político y económico impera la competitividad, el individualismo, el cálculo racional, egoísta y funcional ajustado a fines precisos; de otro lado, en el plano axiológico se propone la solidaridad, la convivencia y el respeto como condiciones necesarias de las relaciones sociales.

* Profesora del Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia. Candidata a magíster en Hermenéutica y Estética, Filosofía Estética. Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia. Grupo Hermenéutica del Cuerpo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia.

** Profesora del Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia. Ph. D en Antropología Histórica, Universidad Libre de Berlín. Grupo Hermenéutica del Cuerpo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia.

La inadecuación occidental entre la vida práctica y los ideales filosóficos es una de las claves para comprender la vigencia de imágenes de lo humano que proponen como único camino el éxito económico, el progreso técnico-científico, el desarrollo intelectual y la competencia en todos los ámbitos, privilegiando de este modo la formación de seres humanos enfrentados entre sí, de espaldas a la convivencia, a la ternura y al orden simbólico de lo femenino, expresado en la palabra, el diálogo, el cuerpo, la imaginación, la lúdica y la estética.

Occidente fundamenta en el logocentrismo, androcentrismo y etnocentrismo su creencia en la razón y el Estado que dan lugar a la ilustración y al capitalismo, y a la configuración de un mundo de ocultamiento, acallamiento y olvido del orden simbólico femenino y de sus mitos, provocando en la base de la cultura una violencia simbólica que late en procesos desgarradores del orden social, reduciendo las posibilidades del desarrollo y el gobierno de sí.

La imposición de lo masculino como fundamento absoluto del ser humano no aniquila la resonancia de lo femenino pero sí le confiere una valencia negativa al fijarlo en signo y revestirlo con eufemismos que mutilan su riqueza simbólica y estancan su carácter vivo. La fuerza de la razón instrumental es proporcional a la potencia del cuerpo femenino de albergar la vida y a la necesidad occidental de imponer el signo-cosmos al símbolo-caos, o mejor aún, el concepto a la imaginación heurística abierta a la fusión con la vida, al consentimiento de su supremacía.

El afán logocéntrico de congelar el potencial de lo femenino se traduce en dos ofertas culturales en aparente oposición que asignan a la mujer una identidad social que en muchas ocasiones restringe las posibilidades y la eficacia del orden simbólico femenino y conllevan al resecaimiento de la cultura. La primera remite a formas patriarcales encarnadas en imágenes maternas que, en la práctica, se instauran como modelo según el cual las mujeres no deben contravenir explícitamente la ley del padre so

pena de ser aisladas socialmente, restringiendo el ejercicio de su autonomía. La segunda, propone la adopción de conductas masculinas por parte de las mujeres como mecanismo por el cual ocultan su singularidad pero que les permite sobrevivir en un medio que les es hostil.

Atenea, que nació de la cabeza de Zeus, cimentó la ley patriarcal porque para ser, potenció la razón, el entrenamiento y las habilidades bélicas. Mujer racional, amazona patriarcal nacida de la cabeza masculina, expropiadora y guerrera, no necesitó ser infante; cuando Hefestos abrió el cráneo de Zeus, encontró allí a una mujer adulta, descrita por las doncellas de Libia como una figura masculina. Es Atenea quien dice a Odiseo, el astuto, el guerrero, el valiente, el agricultor, el padre, el esposo y el hijo, que abandone la tierra, la madre, el hogar tibio de la casa nombrada Penélope y que emigre en búsqueda de Helena, la buena ama de casa, la seducida, la dueña del honor y el orgullo de la madre Grecia, la mujer raptada que el guerrero re-instala en el mundo conocido y dominado por el varón.

Pero Atenea, ¿por qué se separa de la madre para ser sí misma/o? ¿Acaso no es posible convivir con ella?

Sólo una figura patriarcal exige, como condición necesaria para ser sí misma/o, la separación de lo femenino representado en la madre y en el mundo que ella protege, atado a la infancia, fantasía, afecto, ternura, vulnerabilidad y flexibilidad, en la que apenas se padecen las restricciones culturales impuestas a los adultos. La niña/o está en proceso de formación y no ha incorporado la exigencia de la autocomprensión y mucho menos la idea de que el único camino para alcanzarla sea el esfuerzo logocéntrico; al contrario, como ser abierto al mundo de la vida, es ajena/o al afán de controlar su entorno para sobrevivir y se sorprende ante lo que le acontece.

Una hermenéutica de la narración oral y del cuerpo de la madre permite configurar una pedagogía con y de lo femenino, dirigida a la formación de niñas y niños en la que se recupere la

fatria vinculada a la potencia de la palabra moderada y a la acogida del cuerpo en detrimento de la palabra-látigo y del cuerpo-alienado. Fatria que revela que quien está-ahí es hermana, amiga, cómplice, compañera, el símbolo del símbolo que soy yo misma, mi revés que constata mi envés y reconfigura los hilos tejidos entre madre-hija en una piel diferente en la que la alteridad se celebra.

Esta propuesta se ancla en una interpretación de la narración oral y del cuerpo materno, instancias de acogida para todas/os y por las cuales se activa y pervive el calor, la compañía, la ternura, el abrigo, la protección, la compasión, la imaginación, la fantasía y la metáfora, característicos del orden simbólico femenino de la cultura.

Esta propuesta también reclama el diálogo con la tradición y la valoración del cuerpo de la madre como instancias de acogida para conformar una pedagogía con y de lo femenino; el diálogo entre lo que nos precede y lo que nos jalona, nos hace vulnerables a cada presente y propone un futuro que sin ser sordo al pasado, no está anclado a él; el reconocimiento de su cuerpo permite a las mujeres encontrar elementos críticos que revelan que la ley del padre somete su singularidad a un satelitismo de esa propia ley. Una pedagogía con y de lo femenino contribuye a re-conocer y a hacer ostensible la valencia y el aporte de la palabra femenina y de la madre emancipada del orden patriarcal “[...] Semejante animal caleidoscopio multimamma feliz, animal turbulento de apasionado signo hembruno [...]”¹.

La reflexión sobre el cuerpo materno y la narración oral como alternativa pedagógica reconoce, reclama y potencia la participación del orden simbólico femenino en la configuración de una sociedad armoniosa, equitativa, pluralista, polifónica y pacífica. Por tratarse de una propuesta pedagógica repercute en

¹ Andrés Ortiz-Osés, *Mitología cultural y memorias antropológicas*, Barcelona, Anthropos, 1987, p. 38.

la vida pública y política a través del respeto por la diversidad cultural, expresada en la narrativa oral que en sus matices, enunciaciones y procesos creadores, está íntimamente ligada a la idiosincrasia de cada grupo cultural, a su forma de estar en el mundo, a su singular humanidad. También repercute en la vida pública y política mediante el ejercicio femenino de los derechos relativos al conocimiento, auto-gestión y soberanía de su propio cuerpo, y por la transformación de los contenidos tradicionales de lo femenino.

Reclamar y potenciar la vida y la patria como utopías que guíen nuestras vidas, configura una ética de resistencia vinculada al orden simbólico femenino, y advierte de las acciones enajenadoras que dificultan la convivencia y nos alejan de nosotras/os mismas/os por estar al servicio de una sociedad administrada de espaldas a la supremacía de la vida. Esta propuesta pedagógica, escrita a cuatro manos, elabora la urdimbre de un hilo que en su movimiento enmalla la trama singular de unas y otras; yendo y viniendo sobre sí, avanza en la elaboración de un tejido cuya textura se dispone a abrigar y a favorecer la eclosión de otras interpretaciones de lo femenino que hacen mundo del cuerpo y de la palabra de la madre para inaugurar una pedagogía de la co-implicación.

Pedagogía de la co-implicación que propone un bien-estar fundamentado en los efectos de la palabra y en los referentes relacionados con el cuerpo de la madre, provocando liberación, modulación y sensaciones que graban la memoria de lo vivido, el recuerdo de lo imaginado y la ficción de lo deseado, que expresan la apuesta por la palabra y el cuerpo femenino en tanto memoria y ficción, pre-biografía y transformación, participación y acogida, enunciación y utopía, propedéutica política y polifonía vital con la que se redimensiona la estética como posibilidad ético-política que define el aquí y el ahora.

Este aquí y ahora es forjado en la actualización de sentido, en el hacer-presente provocado por la narración oral de las

mujeres en contextos no necesariamente académicos como el hogar y el vecindario, otras instancias de acogida en las que somos abrigados/as después de ser arrojados/as al mundo en el momento del alumbramiento. La narración oral como revitalización de sentido opera mediante la identificación del oyente con las circunstancias, acciones, gestas, aventuras y los personajes descritos en el relato, otorgando a éste una eficacia particular, la del re-conocimiento encarnado que acoge.

La narración oral es una condición y manifestación de la naturaleza culturizada, una red tejida mediante una acción de complicación entre naturaleza-cultura, exceso-control, eros-tánatos, paciencia-acción, deseo-opresión, desatamiento-atamiento, mythos-logos, nocturno-diurno, ciclo-línea, comunidad-individuo, tradición-innovación, madre-hija. El relato proferido nos instala en el “ser de la vida” y al igual que “la carne de la madre” se convierte en una “incesante transfusión de vida”. En él se viven y describen experiencias límite como el nacimiento, la muerte, el amor, el dolor, el goce, los logros, la frustración, la soledad, el des-amor; narración oral que a manera de cordón umbilical nos entrapa en el talle de la vida, aunque nos lleve a la muerte “respirando la vida”.

Se puede configurar una analogía entre la eficacia simbólica de la narración oral y la representación del cuerpo materno en tanto continente pre-simbólico que con su poder aplastante y sobrecogedor nos anuncia la muerte de la mano de la vida; porque tanto la narración oral como el cuerpo de la madre, al poner ante los ojos la vulnerabilidad de la vida, desafían las certezas en que se ha parapetado el logos y hacen emerger la pregunta ¿a cuál ficción acudir, cuando el raciocinio no nos asiste? ¿Acaso colocando a ambas en el ámbito de lo inconmensurable?

No se trata de enfrentarlos sino de potenciarlos, porque su donación –eficacia particular– está en que en tanto modelos culturales, manifiestan y vehiculan la diversidad cultural y la singularidad personal. Ni la narración oral ni el orden simbóli-

co de la madre son ajenos a los procesos socioculturales, históricos y sincréticos que le acontecen a los pueblos; al contrario, el cuerpo de la madre lo mismo que la trama del relato, hablan de su incorporación del presente y de la redescrición del mundo; la mujer hablando extiende la instancia de acogida que en un primer momento fue su cuerpo: el vientre –el útero, la morada del bebé–.

La narración oral es la segunda instancia de acogida brindada por la madre a esa niña/o arrojada al mundo, una vez hecha la incisión en el hilo hueco por el que transitaba la vida; paradójicamente con esta acción se extiende y potencia la voz y con ella el vos, el pronombre que nos confiere un lugar y un puesto en el mundo al definirnos por alteridad, donándonos el sentir de la diferencia, de la individualidad y con ella la autoconciencia inmersa en un mundo de reglas.

La narración oral es un tejido y por ello una trama, una redescrición del mundo en la que interviene la memoria e innovación de la tejedora, “Tejer implica abrir desde el centro, la onda en espiral cuya metáfora galáctica remeda el ciclo de los astros”². Y eso es precisamente lo que hace la mujer al relatar, recrea instancias de acogida con múltiples significaciones que dan sentido al propio cuerpo.

La narración oral es una forma de escritura y cuando es promovida por la madre nos antecede, porque la voz de la madre es la de la tradición, es una escritura en el sentido de Derrida: una acción primera, anterior al lenguaje, tanto histórica como lógicamente; Derrida atribuyó a la escritura un sentido amplio que comprende las narraciones, el tatuaje, la inscripción, el trazado de un surco en la tierra, la instaurabilidad de contextos, entonces la voz de la madre encarnada en el cuerpo del bebé es una escritura que nos liga a la vida e inaugu-

² Marta López Castaño, “El tejido como escritura y el orden femenino”, en *Historia y crítica*, No. 9, revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, Bogotá, 1994, p. 98.

ra la cultura: “Los hombres se inscribían el cuerpo en plena carne”³.

Somos cuerpo y tenemos cuerpo, nos habita la naturaleza y con ella establecemos el juego de colonizarla soñando con la certitud de su control; empero la palabra natural silenciada, como irrupción todopoderosa, se hace escuchar y la vulnerabilidad recobra su dimensión real. Efectivamente somos cuerpo, carne y hueso que se disponen y reorganizan complejamente a través del tiempo, en la condición oscilante de la humanidad.

La noción de cuerpo tiene un carácter sui géneris; si bien es cierto que es un rasgo cultural, también es cierto que en esta noción se pone de manifiesto el propio sistema de vivir. Es así como, en las creencias relacionadas con el cuerpo, el renacimiento, la existencia del doble y la muerte, se expresan interpretaciones del ciclo vital natural.

En el caso del doble, éste se corresponde con la reproducción biológica, con la engendración que no es lo mismo que una división, sino la “fabricación de un doble”. Al respecto, se puede pensar en la multiplicación de un cromosoma, un centrosoma o gránulo ciliar; a este proceso se le conoce como duplicación⁴. A nivel cultural, obsérvese la noción de reflejo provocada por el espejo, la conformación de la conciencia de sí mismo/a a partir de la alteridad y cómo esta situación es un rasgo universal que ocurre por excelencia en el cuerpo materno, nicho de acogida de ese otro que siendo parte de sí no es igual, como la relación entre el todo y la parte, el sistema y la singularidad, el *mythos* y la mimesis, la trama y la representación.

Tanto el cuerpo del bebé como el del cadáver humano, desde las sociedades prehistóricas, tienen un carácter social que se pone de manifiesto en la realización de rituales de nacimiento y defunción con los cuales se marca socialmente el paso a un

³ Jaques Derrida, *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

⁴ Edgar Morín, *El Hombre y la muerte*, Barcelona, Editorial Kairos, 1994, p. 14.

estado diferente; además, las técnicas de protección y conservación son esfuerzos por prolongar la vida en el tiempo, en la medida que se alimenta y se sepulta se retarda el proceso de descomposición y con esta demora se asegura la supervivencia de la especie; entonces el cuidado y la sepultura son actos de amparo característicos de los humanos anclados al orden simbólico de lo femenino; nacemos del cuerpo materno y retornamos a la madre tierra, acogidas primera y última de nuestra existencia.

El cuerpo de la madre es la primera instancia de cognición en la acogida, fuente de protección y de seguridad; sin embargo, también es inadecuación, pues la persona de la madre, al pre-figurar la existencia antes del parto, inaugura la inadecuación entre quien nace de su cuerpo y el ser imaginado que colonizaba su interior para constituir una particular experiencia de simbiosis en la inadecuación, experiencia que poetas y artistas no cesan de evocar y que la ciencia no ha parado de interrogar sin que en el horizonte de las respuestas se atisben aún caminos seguros para entender el ritmo de una experiencia de carne y vida que se debe consultar como “ámbito matriarcal y urdímbrico”⁵ más allá de los códigos de la cultura y la sociedad patriarcal y racional, escuchando la palabra del cuerpo.

Se puede decir que los dones de la madre están relacionados con la “herida simbólica” entendida como pérdida de la conciencia, la herida simbólica está ligada a la sensación –construida culturalmente como sentido– de incompletud que llevaría a la formación de una aporía, o mejor aún, a un sentido paradójico. Se pierde la conciencia de unidad primera y se configura la ilusión, creencia de la individualidad como unidad desconociendo la prebiografía inscrita en el cuerpo materno que nos

⁵ “Laberintos. Transcurso por las señas del sentido”, en *Anthropos*, revista de documentación científica y cultural, *Hermenéutica simbólica del sentido*, No. 153, febrero de 1994, p. 76.

permitió tener la única experiencia de alteridad y completud. La otra situación es que la unidad primera se busca y trata de actualizar en acciones de exceso, o sea que esa unidad es leída como exceso, equivalente a la descripción de Morín de complejo como el todo, sus partes y las relaciones, y ¿qué es el exceso?, lo que nos sobrepasa, lo que nos acontece intempestivamente y nos pone ante los ojos que en nuestro sentir hay algo que es inefable e inabarcable.

El exceso es la actividad creadora, el encuentro y fusión de contrarios en el que se desoculta el tiempo propio que nos ancla al mundo de la vida en una ebullición de emociones, como una fiesta en la cual la genealogía femenina es la que permite la formación de la patria humana. De manera, que el cuerpo materno puede asociarse a la fiesta descrita por Gadamer como la irrupción del tiempo propio que es para cada cual y no es un “tiempo para”, como la comunión con el otro/a, como el encuentro con la carne que nos hace comunes sin borrar –en este tiempo especial– las diferencias⁶.

La imaginación asimilada a un exceso, a algo innombrable que remite al trasfondo de la vida vegetativa, a un esquema de la vida, es considerada por Wulf⁷ un don del cuerpo de la madre; la imaginación sería un exceso de impulsión ligado al deseo de vivir que evoca la incompletud, la fragilidad, la condición prematura del ser humano, la experiencia de la dependencia pasiva a la carne de la madre, así la imaginación cumple la función de paliar la herida de “sangre y heces” que nos dio origen sin poder jamás llegar a cumplir esa función, en un incesante y vano pendular de ascenso y caída.

Para Freud el estado de fusión y dependencia del cuerpo de la madre deja huellas en la psiquis que ningún poder ulterior puede borrar; el cuerpo de la madre se configura en una suerte

⁶ Hans-Georg Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Editorial Paidós, 1995.

⁷ Christoph Wulf, “La imaginación”, en *Antropología de la educación* (en prensa).

de lecho de imágenes que para muchos(as) intérpretes de los comportamientos humanos se corresponden con estados intermedios vegetativos, una precondition del lenguaje y de lo simbólico que está anclada al cuerpo de la madre y remite a un estado pre-lingüístico⁸. El cuerpo de la madre, símbolo de vida que encarna la permanencia y la intempestividad de la potencia que representa no sólo la vida de su portadora sino la vida misma, suscita el deseo de imitar y tener para-sí la potencia de la mujer en cuanto dadora de vida, y de lo femenino en tanto detonador de sentidos.

En el vientre de la mujer se inscribe el surco del gozo y de la herida en una ondulación simultánea que hace de él una lámina de doble filo; por esa doble potencia el cuerpo de la madre es símil de suelo nutricio donde arraigan emociones, deseos, pulsiones y miedos comunes a la condición humana, metáfora de las instancias de acogida, de Eros y Tánatos, de sexualidad y erotismo donde concurren amor y muerte.

La historia del cuerpo humano revela un incesante forcejeo entre una voluntad de poder obsesionada por metamorfosear el cuerpo en un régimen de figuración, representación y presentación del portador, contra la propia naturaleza y los límites del cuerpo por un lado, y de una feroz resistencia del cuerpo contra esa dominación, por otro. Resistencia que tiene por sustrato el movimiento en que la vida expresa su lógica en el cuerpo humano y cuyos signos han sido aprovechados para engendrar mundo.

El cuerpo de la madre es la primera instancia de acogida y la narración oral, como otra forma escritural, es la siguiente; como instancias de acogida nos permiten abrimos a los otros/as y fugarnos de nosotras/os para re-encontrarnos en la colectividad. Instancias de acogida que permiten insertarse en el mundo lógico-social y corresponden a la búsqueda de sentido en las formas

⁸ Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Madrid, Editorial Horas y Horas, 1994.

que componen el caosmos⁹ humano; en esta perspectiva, cualquier escritura es un mecanismo cultural para simular, mediante procesos de inscripción-selección, reducir la complejidad.

Los campos semánticos configurados por la narración oral y por el orden simbólico del cuerpo de la madre actualizan la lógica de lo viviente; la narración oral lo hace mediante metáforas vivas: acciones por las que se confiere sentido y se crea mundo a través de la colisión entre tradición e innovación, tensión de la que se desprende un “ver-como” que opera como un “ser-como”; la metáfora viva es una re-presentación cultural del ciclo vital con la cual se re-vivifica el lenguaje, trasladando indefinidamente la frontera del no-significado. El cuerpo materno, al posibilitar el nacimiento de una niña/o, actualiza la lógica de lo viviente y prolonga la vida al alejar la finitud, cada niña/o es traído al mundo por la madre y conducido por ésta a participar de lo que le precede, de lo que ahora es y también de lo que será.

Cada niño/a –considerada metáfora viva– actualiza sentidos que no eran significativos, con su lenguaje-vida troquela la cultura en una suerte de innovación semántica que equivale a la existencia de una persona, a la formación de su subjetividad como significación emergente que deviene en los múltiples encuentros vitales en los que construye la red de interacciones con las otras y otros, con nosotras y nosotros, formando un contexto único y actual. Esta subjetividad es meta irrealizable, tarea inacabada, diálogo inconcluso, eterna búsqueda que deambula y divaga por alteridades, polisemias, heteroglosias, disyuntivas, ilusiones y esperanzas; la subjetividad, la metáfora, el nacimiento, la tradición oral atados al ser de la vida, al continente imaginario del cuerpo de la madre como posibilidad de vida.

Formulamos que la narración oral es una propedéutica y potencia pedagógica; propedéutica porque a través de su comprensión podemos explicar mejor en qué consiste la caracterís-

⁹ Ortiz-Osés, *op. cit.*, p. 132.

tica humana de ser un constante aprendiz, y potencia porque al ser el resultado de la imaginación productiva, que siempre se alimenta de lo dado y de lo que en cada presente nos acontece, propone una pedagogía abierta a las necesidades, expectativas y los recursos de cada momento. Una pedagogía no como transmisión que compone instituciones en torno a las que gravita la sociedad, sino al contrario, transmisión como instancia de acogida de la diversidad, en que la institución tiende a desaparecer como ente estático diseñado para la inmutabilidad y la perpetuación. En la narración se incorpora el presente a la tradición; hacer posible el diálogo entre ambos lleva a la incesante formación y re-orientación de la propia voluntad, al gobierno de sí en favor de un bienestar colectivo y por corolario individual.

Con relación a la predicación podemos decir que la palabra oral es una profecía y en ella hay una hermenéutica del lenguaje, en tanto interpretación humana para estar en el mundo, porque la palabra hace aparecer las cosas en sí mismas comprensibles, en este sentido, la palabra es el acontecer de una auténtica experiencia en la que lo dicho no queda fijado y decidido en todas las posibles direcciones, la palabra como experiencia ocurre cada vez que la enunciamos y con ella desocultamos y donamos nuestra comprensión, desplazando el horizonte que hasta entonces habíamos. Recuperar la palabra oral y con ella la narración cotidiana y no exclusivamente formal es criticar la razón moderna y el aniquilamiento que hace de la ficción.

Las mujeres latinoamericanas participan en la formación¹⁰ de niñas y niños no sólo desde su papel patriarcal de madre-maes-

¹⁰ “El término alemán *Bildung*, que traducimos como ‘formación’, significa también la cultura que posee el individuo como resultado de su formación en los contenidos de la tradición de su entorno. *Bildung* es tanto el proceso por el que se adquiere cultura, como esta cultura misma en cuanto patrimonio del hombre culto. No traducimos la cultura como conjunto de realizaciones objetivas de una civilización al margen de la personalidad del individuo culto, y esta suprasubjetividad es totalmente ajena al concepto de *Bildung*, que está estrechamente vinculado a las ideas de enseñanza, aprendizaje y competencia personal, “(N. del T.), cita 11 H. G. Gadamer, *op. cit.*, 1993.

tra, sino también como contadoras de historias ya sean largas como relatos o cortas como refranes, tramas y proverbios preferidos sin las pretensiones apolineo-cientificistas que buscan una verdad mediante la causalidad; historias conformadas y donadas en el con-texto cotidiano, en la cocina, la habitación, el salón, el patio; mientras se cocina, se ordena, se decora, se limpia, también se teje, se trama y se pone en escena el sentido común a través del afecto, de la intimidad de la casa asimilada al útero-morada y prolongada al vecindario habitado como cuerpo de la madre, inscrito y apropiado como territorio materno.

El sentido común es un sistema cultural que no se somete a la coherencia causal pues se basa en el efecto que provoca en la comunidad, en él se manifiestan las ideas que definen al mundo, a sí mismo/a y los otros/as en cada época. El sentido común se articula a las relaciones y situaciones que afectan a las personas, por ello está vinculado a la afección, al ser-en-el-mundo, al nexo de la vida, a la contingencia y a la forma de vivirla en la cotidianidad.

El sentido común es una propedéutica para la resolución de los conflictos y retos de la vida cotidiana, por ello es necesario preguntarnos de qué virtudes éticas se compone nuestro sentido común en tanto formación y modelo cultural. Un sentido común configurado para la paz, para convivir en el seno de alteridades, privilegia como virtudes éticas a la ternura y a la palabra en detrimento de la opulencia física; a la autonomía, la narración oral, la estética, la naturaleza y todo aquello que consulte la vida y su principio de exceso cercano a lo femenino. Por el contrario, un sentido común configurado para la guerra se fundamenta en la agresión, el individualismo, el egoísmo y el orgullo guerrero que legitiman la violencia física y simbólica en masacres, desplazamientos, desapariciones, acallamientos, secuestros y todo tipo de

p. 38. Con *Bildung* se recupera la subjetividad y la persona en la propuesta pedagógica, así ésta no es transmisión-imposición sino invitación a cada cual desde sí”.

golpes como paradigma de solución-aniquilamiento del conflicto y con ello de la vida.

El sentido común no exige recorrer la escuela, no es un conocimiento de iniciados, sino del grupo como tal, es la donación que se brinda a cada niña y niño al nacer, lo que le precede y ya está depositado antes de nacer, en la cuna, en el pedacito de tierra de cada cual. La madre es la primera conexión con la vida y la herencia cultural, con el sentido común, es la pedagoga de la condensación de la herencia filogenética que nos permite afirmar la existencia de un fondo y trayecto antropológico común que nos liga como especie biológica y social. Entonces ¿qué tipo de madre es la que dona un sentido común para la alteridad y la paz?

La narración oral expresa, de cierta manera, el sentido común, lo que hace que posea una eficacia particular anclada en la diversidad cultural y regional, en la fusión de presente y tradición, otorgándole practicidad y vinculándola a una pedagogía que se caracteriza por su asistematicidad, lo cual no es carencia sino potencia, en el sentido que incorpora el presente en la tradición, refigurándolos y apropiándolos. La narración oral, en tanto manifestación del sentido común, es una pedagogía abierta al mundo de la vida y la capacidad de afectación.

Las mujeres juegan un papel importantísimo en la formación del sentido común, en su recuperación y promoción, en la pre-comprensión, re-figuración y re-descripción del conocimiento del exceso y la pluralidad de la vida. La historia occidental y su sincretismo con otras tradiciones nos pone ante los ojos los costos bélicos del desprecio de este saber. Una pedagogía destinada a hacer mundo del cuerpo y de la palabra de la Madre, está ligada a la voz de las mujeres, al sentido común para la alteridad y la paz, a su extensión a ámbitos formales que se han distanciado de la naturaleza, de la con-vivencia y se han impuesto al saber de la vida; una pedagogía con la que se recobra el nexo con la vida, roto por la razón instrumental y

desacralizado por la razón filosófica; en esta perspectiva, es retornar a las primeras instancias de acogida: la madre, su cuerpo, sus dones, su sentido común, su voz que equivalen a patria.

La pedagogía así entendida y sus implicaciones éticas, nos debe llevar a “reconocer que la vida nos supera, situándonos en el espacio de indeterminación que coincide con la vida misma”¹¹, abriéndose a la contingencia, a sus sorpresas y constantes arrobamientos como potencias de la vida. La indeterminación abre el espacio a la ficción, imaginación y recreación de instancias de acogida que reviven nuestra relación con el mundo, con las/os otras/os y con nosotras mismas/os. Proponemos una pedagogía que al consultar la vida, se configure como propedéutica para la afección, en otras palabras, que parta de las maneras en que nos relacionamos con el mundo y de los modos como él nos afecta.

La propuesta pedagógico-ética no parte de un marco, sino de la consideración de que somos patria antes de tener conciencia de ella. Cada niña/o es una metáfora viva y participa de manera inédita en la patria de la vida, hace suyo el legado cultural e histórico y lo reconfigura en una utopía, en lo que aún no es pero puede ser, en la promesa fracturada que a través de su negación de lo existente se abre a lo posible¹² y deseable como sentido común, bien común que potencia la convivencia y el encuentro con el mundo, con los otros/as y consigo mismo/a, como fusión de horizontes que conlleva a la verdad como desocultamiento del acontecimiento que permite encontrar sentido en el mundo de la vida. La vida como *philia* o fraternidad basada en la recuperación del orden simbólico de lo femenino que nos permita vivir y convivir de acuerdo con un sentido común para la alteridad y la paz.

¹¹ Marta López Castaño, “Ética y afección”, en *Nova & Vetera*, No. 35, revista del Instituto de Derechos Humanos “Guillermo Cano”, Bogotá, 1999, p. 21.

¹² Theodor Adorno, *Teoría estética*, Madrid, Editorial Taurus, 1986.

Propiciar el ejercicio de la democracia, el respeto de la pluralidad en todas sus manifestaciones, la responsabilidad de las decisiones de consumo, y ante todo el compromiso con la pedagogía como instancia de acogida que potencie la configuración de un ser humano ético, en el sentido de saber-se responsable de sus acciones y que por ello actúe correctamente, es decir, de acuerdo con una axiología que se basa en el mandato por el respeto a la vida, constituyen los actuales retos para los colombianos/as.

Con el propósito de diseñar alternativas para responder a tales retos se propone aquí hacer mundo del cuerpo y de la palabra de la madre, un ejercicio reflexivo del que se pueden derivar acciones concretas vinculadas a la cotidianidad de hombres y mujeres de diferentes contextos socio-culturales de Colombia para constituirse en agentes responsables y comprometidos en la consolidación de las respuestas a esos retos.

Modos de hacer mundo del cuerpo y de la palabra de la madre

Esta propuesta es la invitación a crear un espacio de intercambio de diversos caminos pedagógicos y regionales orientados a transformar los comportamientos violentos, segregacionistas, sexistas, racistas y excluyentes que van en contra de la formación de una sociedad equitativa, responsable y comprometida con las necesidades de cambio que sus condiciones culturales requieren. Con ella se espera resaltar, a través de un escenario reflexivo, comunicativo y práctico, la necesidad de diseñar modelos educativos que subrayen la urgencia de potenciar la participación autónoma y razonada de todos los agentes sociales, por medio de una pedagogía para la paz.

En gran parte del mundo se viven procesos violentos con los que se niega la humanidad de esos otros/as ubicados/as en el bando del contrario-enemigo, por ejemplo, disputas étnicas, reli-

giosas, sexuales, etc. Procesos que desconocen los derechos humanos, entendidos como acuerdos flexibles en constante redefinición, anclados en modelos culturales que decidiendo sobre lo conveniente y adecuado, y en oposición a lo inconveniente e inadecuado, conllevan a la creación de un mundo, a un modo de conocer y estar en un territorio. Los derechos humanos son modelos de objetivación, acción y reconocimiento colectivo de la identidad cultural forjada en y mediante matrices de significación: valores, signos y símbolos que se espera confieran sentido a la vida, por lo cual su violación equivale al entrecomillado de la tradición.

Los procesos formativos deben prestar atención a las razones que provocan el entrecomillado de los valores y a las situaciones socioculturales por las cuales la persona entra en conflicto con su grupo y con las diferencias que en él existen; sólo así tendrán vigencia y eficacia los pactos convenidos por diferentes culturas y se podrá comprender que el concepto de humanidad encarna una fenomenología inagotable en una sola lógica. La polifonía, cromatografía e inadaptación a un esquema permanente es aquello que se debe nombrar con el concepto de humanidad, pues ella se caracteriza por la incesante expansión de su frontera vital, de su sentir y pensar.

En esta propuesta se aplica este concepto de humanidad, con la intención de escuchar lo que estando siempre con nosotras/os, es insidiosa y persistentemente desdeñado, acallado e invisibilizado, reclama ser reconocido explícitamente para crear condiciones sociales coherentes con el concepto de humanidad como tarea inacabada en el horizonte de la alteridad. La formación con la palabra y el cuerpo de la otra/o es un medio para ejercitar la facultad humana de transformar las condiciones desfavorables de hombres y mujeres, ancianos y niños, blancos, negros, indígenas y mestizos.

La formación es la clave para lograr la coexistencia de la diversidad, tanto de individuos como de colectividades, pues ella

permite promover la co-implicación de tradición y presente, resemantizar los contenidos de lo femenino y de lo masculino, y conformar una sociedad en la que se recuperen los dones del orden simbólico de lo femenino: el afecto, la solidaridad, la imaginación, la lúdica, la narración oral, la protección y los valores transmitidos en contextos extra-académicos como la casa y el vecindario, y su extensión a todos los sectores de la sociedad.

Con la formación se subraya la participación directa e indirecta de las mujeres y los hombres en el surgimiento y resolución de conflictos, se suscita el análisis de las acciones y las relaciones sociales, y la reflexión que fortalece la coexistencia y el ejercicio de la palabra moderada en detrimento de la violencia simbólica y física. Tomar conciencia de la importancia de la formación implica un pararse en el presente para proponer un futuro.

Los procesos pedagógicos difusos, no institucionalizados en la escuela, ponen de manifiesto el derroche de imaginación y adaptación de las formas plurales de habitar el mundo simbólica y políticamente; ellos son implementados en el hogar, el vecindario, el grupo de amigas/os, la localidad y en diversas geografías coherentes con cosmovisiones polifónicas. Entonces, en esta propuesta se formula como deber ser el posibilitar el encuentro con esas otras maneras de hacer mundo y divulgar esas experiencias como aportes para la consolidación de la sociedad civil colombiana.

La formación escolar, entendida como una instancia de acogida culturalmente conformada para la protección, transmisión de conocimientos y garantía del libre desarrollo de la personalidad y el desempeño público de la diferencia, está relacionada con la escuela como institución porosa, institución que se incorpora a la dinámica de la sociedad pero no hace de ésta su satélite; es decir, que no expulsa a los agentes portadores de diferencias, sino que redefiniéndose en cada momento, se deja permear por su diversidad¹³.

¹³ La noción de escuela porosa permeada a las necesidades del entorno social en el que se inserta marca la orientación de la propuesta presentada a la Secretaría de Educación de Antioquia.

Así, la educación escolar puede ser un camino posible para alcanzar la coimplicación de contrarios, la mediación de proyectos y sueños disímiles. Esta propuesta busca resaltar la importancia de implementar una formación porosa a la palabra, al diálogo, a la imaginación y al ejercicio de la autonomía y de la diferencia, al reconocimiento de la coexistencia de la naturaleza y de la sociedad, de lo femenino y de lo masculino, asociados a la celebración de la vida en la incesante conformación de la identidad individual y cultural, en detrimento de la fuerza física.

Formación con pedagogías abiertas a todas y todos, con la que se pretende recuperar la potencia del orden simbólico de lo femenino, con el fin de conformar horizontes de conversación, espacios de colaboración que nos permitan sentirnos protagonistas de nuestra vida, actores de nuestras acciones, coparticipantes de sueños y proyectos. Pedagogías que apuntan a vincular la escuela al mundo de la vida, a la construcción y el fortalecimiento de una visión colectiva que no aniquila la singularidad de la mujer, del hombre, de la persona y que, por el contrario, son receptivas a las expectativas, los recursos y las necesidades de cada grupo y persona.

La relación entre los conceptos de humanidad y formación permitirá definir la pedagogía como el arte de enmallar con ritmos y palabras la imaginación, inteligencia y sensibilidad de los humanos para, a través del ejemplo, el afecto y la palabra, producir un mundo pleno de belleza, responsabilidad, justicia y libertad. En Colombia, el alto número de muertes violentas puede leerse como un síntoma de fracaso del proyecto pedagógico tal como ha sido enunciado. En su lugar se han instaurado formas culturales que –bajo el arbitrio masculino– limitan la acción de la mujer a la vida del hogar y legitiman la violencia que ella padece en tanto hija, hermana, esposa, aunque como madre parece ser venerada.

Veneración que se manifiesta en un repertorio de formas culturales que expresan la sobrevivencia de las instancias de

acogida que son el cuerpo y la palabra de la madre, activadas por el sentido común mediante el uso permanente de una cadena de significantes que, asociando la realidad de la mujer casi únicamente a su función generatriz (mamita nombra a la niña pequeña, mamacita a la joven urbana atractiva y cucha a la única lealtad posible para los sicarios: la madre), requiere ser interrogada bajo un punto de vista con el que se revele una dimensión oculta pero permanente en el proceso de configurar mundo por los colombianos/as.

Punto de vista sobre el que la pedagogía necesita reflexionar pues la interacción social se nutre copiosamente de ella; la función simbólica de lo materno en el seno de la cultura colombiana se pone en evidencia también en las estadísticas de hospitales y clínicas que revelan como día tope de consultas por hechos de sangre el llamado “Día de la Madre”, y que nos advierte entonces del festejo desbordado de la sobrevivencia del nexo de vida, goce y muerte del principio fundante de la cultura que es el cuerpo y la palabra de la madre, más allá de la cultura machista.

Aquí se intenta abrir un camino hacia la coimplicación como propuesta reflexiva, vital y dinámica con la que se subraya la importancia de extender rasgos de lo femenino como claves simbólico-afectivas que permitan inaugurar contenidos de la masculinidad mediante la incorporación de valores como la acogida, la protección, la ternura, la imaginación, la narración oral, la reciprocidad y el desarrollo público de la singularidad, en detrimento del principio masculino tradicional que se traduce en el ejercicio de la fuerza física, la arrogancia y la prepotencia del argumento definitivo por el cual se aniquila al otro/a. Es decir, recuperar la palabra femenina para hombres y mujeres, y con ello redimensionar el orden simbólico femenino en la conformación de una sociedad responsable, contrapuesta a las acciones violentas que niegan la vida.

Sólo una sociedad que resignifica sus procesos formativos fortaleciendo la conciencia crítica, puede generar las condicio-

nes para consolidar una cultura equitativa y armoniosa con la naturaleza y con la misma humanidad. De manera que la conciencia no es punto de inicio, sino incesante proceso por el que se adquiere cultura, como preparación para la vida, a partir de la formación en los contenidos de la propia tradición, camino para implementar una pedagogía de la co-implicación de mujeres y hombres que contribuya a la convivencia y al libre ejercicio del desarrollo de la singularidad, y que está estrechamente vinculada a las ideas de enseñanza, aprendizaje y conciencia personal¹⁴.

Esta propuesta busca crear condiciones para la formación de la persona de manera que pueda transformarse de agente en sujeto social capaz de formular y responder a la pregunta: ¿cuál actitud debe guiar su proyecto vital otorgándole sentido y responsabilidad en conjugación con las exigencias de su tiempo y así comprometerse a ampliar el mundo posible y no limitarse a reproducir el mundo existente?

Colombia: "tierra en plena maduración"

La sociedad latinoamericana, y en particular la colombiana, padecen una violencia compleja tejida por varios hilos: uno, la pretensión de ocultar y acallar el orden simbólico femenino y sus mitos privilegiando el orden viril como fundamento de la cultura occidental; dos, la imposición sangrienta en los pueblos indígenas de América de ese acto violento; tres, el desgarramiento territorial y simbólico de los africanos/as arrojados/as en América, obligados/as a convivir con otros/as y forzados/as a adoptar conductas extrañas con las que se desconoció su humanidad; cuatro, la dependencia económica y tecnológica de sociedades

¹⁴ La descripción de formación fue tomada de Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Editorial Sígame, 1993, p 38.

postindustrializadas que incide en la adopción de modelos culturales exógenos; cinco, la confrontación armada que invade los espacios domésticos y cotidianos de hombres y mujeres.

Con esta propuesta se resalta la importancia de encontrar explicaciones del presente interrogando el pasado para reconocer y ejercer las relaciones sociales en las que estamos insertos/os y las que queremos tejer. Interpelando la tradición, identificamos actos violentos, actualizados cada vez que se inhibe la facultad humana, demasiado humana, de aceptarse vulnerable ante lo que nos rodea. El ocultamiento y desconocimiento de la propia fragilidad lleva a edificar fortalezas o corazas, que a manera de espejos reflejan los miedos y tabúes de la sociedad contemporánea que con su desangre parece retornar-nos a la conducta originaria de desgarramiento, impuesta mediante la conquista y la colonización de los pobladores de estas tierras, quienes ni siquiera se sintieron continente sino, como lo dijeron los Kunas (Tules)¹⁵ Abya-Yala, “tierra en plena maduración” forzada a admitir un no-ser.

Hay desarticulación entre el deber y el ser de una “tierra en plena maduración” a la que no se le ha permitido crecer; por ello se perpetúan prácticas sociales en contra de la vida que desgarran el tejido social en una suerte de actualización de la imposición sangrienta de quien inhibió el desarrollo de una historia alimentada de sus propios mitos, de un ser-hombre, de un ser-mujer.

Los actos de genocidio y masacre desencadenan las actuales condiciones de desplazamiento, marginamiento, desigualdad y acallamiento de las múltiples voces que deberían participar en la configuración de la sociedad colombiana, y parecen replicar la violencia desplegada en la expropiación de la autonomía y gestión de la historia propia. El análisis de estas condiciones

¹⁵ Kunas tules, comunidad indígena que habita actualmente territorios del noroccidente de América del Sur entre Colombia y Panamá.

permite pensar en una sociedad des-enraizada por la imposición de la acción patriarcal que marca el inicio de la sociedad logocéntrica europea, y la instauración del Estado como signo del poder del padre, impuesto con armas y a caballo a quienes derramaron su sangre y sufrieron la mutilación del desempeño público de la persona, acción contra la autonomía y singularidad de la mujer al desdeñar el valor social, político y pedagógico del orden simbólico femenino.

La ley del padre expolia a la mujer del poder que le confiere la potencialidad de “traer mundo a la cultura” –en tanto fuente primordial en la prefiguración del mundo–, para reducirla en la práctica a ser sólo una “pequeña madre”, un satélite atrapado en el campo gravitacional del régimen patriarcal. Imagen opacada de su ser que se deja entrever en omisiones, contradicciones e hipérbolos discursivas que nombran lo femenino y dan cuenta de la ambigua valencia cultural asignada al papel fundante del orden simbólico femenino.

Ambigüedad que al presentar lo femenino como obstáculo para el desarrollo cultural, y a las mujeres como sus “enemigas”, legitima como imperativo de la interacción social el combate a la alteridad y constata el costo humano pagado por toda la sociedad al aceptar la exigencia cultural de separarse de la madre como condición del desarrollo de sí-mismo/a.

El triunfo de la modernidad en Europa y su apología del sujeto capaz de acceder a su singularidad como condición para ejercer el gobierno de sí en la vida pública, contribuyendo a la producción de la sociedad y de la cultura bajo el supuesto de la autonomía y la libertad, fue un pretexto para erigir a partir de Rousseau el culto al “ángel del hogar”, una equivalencia de la reclusión de la mujer en la esfera doméstica que la ideología católica replicó en América Latina frenando el surgimiento de la individuación de las mujeres, aún vigente.

El des-madramiento del orden cultural por la ley del padre instaaura como único camino para la mujer el matrimonio, cami-

no estrechamente ligado a la defensa del patrimonio familiar y a la preservación de genealogías tejidas por el hilo de la herencia paternal en cuyo seno se refunde su singularidad. La “ética de la postergación de sí en favor de otros”: padre, hermano, esposo, hijo, hija, reduce el espectro del saber-hacer femenino, el ejercicio de la autonomía de la mujer y la conciencia de sí, al ideario de ser una buena madre y esposa que preserva la tradición cultural.

El intento de sofocar el valor simbólico de lo femenino por la ley del padre evidencia su relativo fracaso en la sociedad colombiana si se tienen en cuenta los efectos y la cobertura de la labor pedagógica de la mujer en contextos informales. Puesto que las/os colombianas/os parecen estar permanentemente dispuestos/as a reconfigurar las relaciones sociales –con lo que se advierte que más allá de la catástrofe alguien-algo, mantiene viva la esperanza y con ella la fuerza necesaria para la supervivencia–, se requiere conocer cómo la fuerza que alimenta la vida está relacionada con el hacer pedagógico de la madre colombiana en contextos de soledad y, en ocasiones, de marginamiento.

Aquí celebramos y reclamamos el reconocimiento de la participación de las mujeres, de su palabra y de los dones de su cuerpo en el incesante flujo de acciones destinadas a restaurar el tejido social. Para encontrar claves de interpretación, indagaremos algunos aspectos históricos y actuales de la sociedad colombiana.

Desde 1933 las mujeres colombianas pueden obtener títulos de bachillerato e ingresar a la universidad; sin embargo, los puestos que interesan a los hombres (la Presidencia de la República y las altas dignidades en cualquiera de las ramas del poder público) siguen siendo poco asequibles para ellas. Entre 1954 –cuando se nombró la primera Ministra de Estado– y 1982, la participación femenina en el gabinete ministerial fue mínima; en 1956 y 1974 se nombraron la segunda y la tercera ministra, y sólo en el gobierno de 1982-86 se comienza a regular la presencia de al menos una mujer en los gabinetes ministeriales.

La resistencia tradicional de los partidos, las organizaciones y los grupos políticos a incorporar en sus agendas el debate sobre los derechos de las mujeres, la descalificación y el marginamiento impuesto a las líderes sociales, atacándolas moralmente por desplazar –supuestamente– al amor maternal y filial para dedicarse a las “cosas de los hombres”, se fundamenta y refuerza en la ideología de que el hogar es el locus natural de la mujer. Esto obliga a las mujeres activas a idearse formas para conciliar hogar y trabajo, afectos y profesión, pues ninguna escapa al inflexible a priori de la cultura moderna según el cual la estabilidad humana y social reposa en la tarea de la buena madre, esposa, hija, hermana y compañera. En una encuesta realizada en 1998 en el mes de mayo, y a propósito del llamado “día de la madre”, se afirmaba que:

El 66% de las madres sostiene cargar con la responsabilidad de criar a los hijos y una de cada diez tiene la totalidad de esa responsabilidad. Las madres colombianas se sienten tan solas en la crianza de los hijos como sus abuelas¹⁶.

Con esto se desvela que en las últimas tres generaciones no se han producido cambios sustanciales en las relaciones familiares y en las responsabilidades masculinas frente a la crianza y a la protección de los hijos/as; ante la protuberante irresponsabilidad de los padres y la ausencia de la paternidad como construcción cultural, algunas mujeres políticas han llevado a que el Estado diseñe políticas de protección para las mujeres cabeza de familia lo cual debe acompañarse de campañas de formación dirigidas a llenar el vacío cultural relativo a las responsabilidades de los hombres frente a los hijos/as; aquí se propone un camino para encontrar soluciones prácticas.

En los últimos 15 años los colombianos/as han sido atropellados por los cambios acarreados por la modernización econó-

¹⁶ Periódico *El Espectador*, 10 de mayo de 1998.

mica del país; la invasión del mercado de bienes y servicios ha generado la ampliación de la comunicación masiva. La televisión, pese a que promueve una visión muy cosificada e instrumentalizada del mundo, se ha convertido en una de las más importantes y constantes fuentes de orientación de la conducta; mediante el espectáculo impone como valores supremos la moda, el cuerpo sensual, el placer, las emociones fuertes y excitantes que, exacerbando los sentidos, son asimilados a una vida bien vivida alrededor de una mayor libertad sexual y corporal.

Pero la televisión escamotea las preguntas por la adecuación entre esa ideología del bien-vivir y las condiciones para realizarlo, lo cual remite al análisis de las dimensiones de la vida social y a la forma cómo ellas son valoradas en el mercado simbólico y cuentan en la vida de la mujer joven. Los testimonios de chicas atrapadas en la contradictoria realidad del consumo actual dan cuenta del abuso de la autoridad familiar y de la desprotección legal de las mujeres para ejercer el derecho a la información y formación respecto a su cuerpo, sexualidad, salud, tiempo libre e intimidad. Una adolescente de 16 años, multiplicadora del Centro para Jóvenes de Profamilia y de la Corporación Manzanas Azules, testimonia:

... para nuestras madres y padres es más fácil aceptar que les digamos “estoy embarazada” a que les digamos “estoy planificando”.

Muestra de los modelos culturales represivos y desarticulados de la realidad social de las/os jóvenes se ve en casos como:

Cuando la mamá no respeta la intimidad de la adolescente y se siente con el derecho de esculcar sus pertenencias, al encontrarle pastillas de planificación se escandaliza y le prohíbe ver a su novio, la obliga a que realice todo el oficio doméstico y a que se quede encerrada en la casa¹⁷.

¹⁷ Zuluaga, Soto y Jiménez, *Comportamiento sexual y problemas de salud en adultos jóvenes*,. Universidad de Antioquia, 1991, p. 119.

La sociedad colombiana parece empeñada en perpetuar el ideal femenino de la maternidad como el destino de la mujer a un punto tal que incluso el tiempo necesario para pasar de niña a madre es cada vez más corto, lo cual puede observarse en el incremento del número de escolares embarazadas, de madres adolescentes, y en el aumento de intentos de aborto y de abortos entre menores de 20 años.

La violación del espacio íntimo de las mujeres es sistemática y puesta de manifiesto en el ejercicio de la autoridad sobre ellas, particularmente en las más jóvenes; padres, madres, maridos, novios, maestros y amigos/as vigilan sus pasos, controlan el conocimiento que adquieren sobre su cuerpo y sexualidad, y limitan punitivamente el margen de su maniobra personal. Que la opresión de la libertad individual de las mujeres es un obstáculo para la configuración de un mundo que privilegie la responsabilidad, la equidad y la democracia, se revela en el excesivo aumento de la maternidad adolescente y lleva a preguntar si este aumento está vinculado a la imposición de límites a los que está sometida la mujer y que se convierten en barreras para el desarrollo de su autonomía.

El marco de la oferta y el consumo organiza un menú contradictorio de imágenes de lo femenino; así, sobre el eje constituido por la mujer-instrumento del deseo y el placer masculino que promueve la cultura del mercado y del cual se desprenden los ideales de hembra complaciente, amante liberada, enamorada sin barreras, se recortan los retratos recatados de la madre, la esposa y el ama de casa propios de la cultura patriarcal tradicional. La liberalidad en las costumbres sexuales no ha significado el acceso a un mejor conocimiento de los métodos de control natal y, al contrario, la promoción del placer y del sexo en la vida humana choca contra la vigencia de los sistemas autoritarios de relación de pareja, familia, escuela y cultura tradicional.

Adicionalmente, la falta de alternativas en el hogar –donde la prestación de servicios domésticos parece bastar para satisfa-

cer las relaciones humanas de la mujer joven con sus familiares— cierra aún más el horizonte de vida al menos para las jóvenes pobres. En la vida privada reina un absoluto despotismo del hombre padre, hermano, hijo, marido, amante, frente a la mujer esposa, amante, madre, hermana, hija, cuyo ser casi se reduce a un cuerpo que funciona para manutención del varón (mediante el servicio doméstico y/o sexual) quien frecuentemente ejerce un estricto control, prohíbe o castiga cualquier actividad que, ajena a esos roles, pueda permitir el desarrollo de la personalidad femenina: estudio, trabajo y salidas fuera de casa, actividades de recreación, deporte y tiempo libre, amistades, etc. En la calle, la mujer, simbolizando la hembra que encarna la fuente de satisfacción del deseo del macho, se enfrenta al asedio sexual, tiene miedo de poseer ese cuerpo deseable y debe alienarse en la búsqueda y aceptación de pareja como garantía de sobrevivencia.

Una sociedad puede exigir a cada uno de sus agentes un comportamiento responsable frente a la procreación sólo a condición de garantizarles la idoneidad frente a ella. Aquí valdría la pena preguntarse por el clima de preparación de las mujeres jóvenes urbanas y rurales ante las funciones procreativas. Datos relativos al comportamiento sexual de mujeres y hombres estudiantes de la Universidad de Antioquia en Medellín, quienes corresponderían a la población joven de la ciudad con mayor acceso a las condiciones para ejercitar su libertad individual, revelan que:

El alto porcentaje de estudiantes con vida sexual activa sin adecuada protección anticonceptiva (38.1%) las expone a embarazos indeseados; se corroboró que los hombres se preocupan poco por los efectos reproductivos de las relaciones sexuales y dejan la responsabilidad de planificar en manos de la mujer; se cree que por lo menos el 8% de los embarazos en jóvenes de 15 a 19 años terminan en aborto¹⁸.

¹⁸ Zuluaga, Soto y Jiménez, *op. cit.*, p. 221.

Así es que la televisión y la cultura secular del consumidor individual y hedonista, que abruptamente sustituyó la cultura de la condena al placer y al sexo impuesta por la iglesia católica y la cultura tradicional, en lugar de provocar la autonomía de la mujer, estaría debilitando su consolidación de sujeto idóneo para el ejercicio de la democracia toda vez que la individuación se reduce a seguir acríticamente las tendencias del mercado del placer y de la imagen. Por ello la secularización, equivalente a sexualidad libre, no ha acarreado la libertad de las mujeres ni la ampliación de sus derechos como sujetos capaces de decisión y libres de tutela.

Aunque la defensa de la secularización como condición misma de la existencia de la democracia no admite discusión, es importante situar este proceso en el contexto de una sociedad como la colombiana donde aún prevalece el orden patriarcal y machista, y donde el impacto de las acciones por una mayor igualdad entre mujeres y hombres ha sido poco tolerado. Los prejuicios y estereotipos culturales que han querido asociar lo femenino con la lógica de la naturaleza indomable, caprichosa y en contra de la cultura masculina, o con el engaño y la veleidat encarnada en Eva, legitiman esa vigilancia, operan en las relaciones cotidianas y dan lugar a que un espeso tejido de temores constituya el vínculo de las relaciones de pareja y a que la suspicacia reemplace a la confianza en el orden de las relaciones hombre-mujer.

Para enfrentar sus temores, la cultura patriarcal diseña una estrategia de sobrevigilancia del comportamiento de la mujer que, al impedirle desarrollar su autonomía e independencia, y al colocarla en estado de eterna “minoría de edad”, simula la eficacia del control de aquello que supuestamente amenaza el orden masculino pero que en efecto no es más que el bloqueo del acceso de la mujer a la condición de sujeto autónomo, mayor de edad, así esta sea una exigencia de la sociedad moderna.

La irracionalidad de este juego de relaciones se evidencia en el malestar experimentado por mujeres y hombres en sus interacciones en el terreno del amor y del intercambio afectivo, y en la supresión del derecho femenino a tener “una habitación propia” que equivale para ellas a su descalificación del rango de sujeto que, paradójicamente, se les precipita a asumir como madres. Esta realidad pone sobre la mesa varias preguntas relacionadas con los actuales procesos de socialización, de secularización de la sociedad y de construcción de la individuación femenina, que en esta propuesta configuran el ejercicio de un modelo pedagógico y metodológico destinado a resignificar los contenidos de lo femenino y de lo masculino de esa realidad.

Pocas organizaciones sociales concentran esfuerzos de reflexión y acción en torno a las condiciones de vida de las mujeres; en aparente contravía del a priori que señala el destino de la maternidad, en la actualidad el cuerpo de la joven se presenta como síntesis de promesa de placer, pasión y belleza, sin que ello signifique la caducidad del ideario femenino de la maternidad. Hoy como ayer el cuerpo femenino es portador de valores en oposición: fuente de goce y de vida.

Por el primer valor, el goce, el cuerpo de la mujer se cotiza en un alto nivel de la escala del intercambio simbólico y lleva a las chicas a perpetuar acriticamente el afán de hacerse bellas y deseables para competir en el comercio erótico sin importar el medio para conseguirlo: las cirugías y los regímenes alimenticios que amenazan la vida e integridad física de las mujeres están al día.

Por el segundo valor, que exalta la maternidad, se transmuta el demonio en ángel pues incluso las mujeres que se afirman como fuente de placer, acuden a la maternidad para redimir una conducta socialmente inadecuada. Sin importar la edad ni el deseo singular de la joven, la reproducción aparece como única forma de realización de su humanidad que se refleja en la proliferación de la maternidad precoz y en la elevada mortalidad femenina cuando se intenta interrumpir un embarazo que

no se desea ni se considera responsable, y que da cuenta de la vigencia del imperativo cultural de la maternidad en la actual sociedad colombiana.

Entrampadas en el cambio pero consultando la tradición, las mujeres colombianas estamos tejiendo nuestro lugar, conformando un horizonte simbólico polifónico y dialogal, sensible a nuestras expectativas y potencialidades. El dolor –que siempre acompaña al ser mujer y al ser hombre– no es justificación para la agresión ni para el silencio; al contrario, debe ser uno de los motivos para extender la invitación a la otra/o a participar en la conformación de un horizonte para ambas/os en la diferencia que encarnamos, para pensarnos como receptoras y vehiculadoras de angustia, de anelaje que nos niega el movimiento.

Es necesario preguntarse cómo en Colombia se incorporan saberes “universales” en los procesos formativos, cómo aquellos son resignificados de acuerdo con cosmovisiones locales, y si esta recepción implica una transformación de los contenidos de lo femenino y de lo masculino. Así, aunque en la tradición oral de los pueblos indígenas, negros y campesinos, y en las campañas educativas realizadas por organizaciones no gubernamentales y por instituciones estatales, se insiste en la valoración de la mujer –sobre todo como madre– y en la conformación de un tejido social equitativo que le permita acceder a saberes y técnicas, nos encontramos en la práctica con el hecho de que ella sigue viviendo en condiciones desfavorables: es responsable en mayor medida que los hombres de la economía doméstica, es excluida de procesos formativos como el chamanismo, del aprendizaje y de la narración de los mitos, y recluida en el espacio familiar de la cestería, la recolección, el tejido y el cuidado de los niños/as¹⁹.

¹⁹ Rangel Fernando Urbina, “La mujer en el mito”. en revista en *Otras palabras. Mujer mito e imaginarios*, No. 6, Bogotá, julio-diciembre, 1999, p. 11.

Sin desconocer la importancia cultural, económica, formativa y social de las actividades domésticas señaladas, se advierte que su asignación exclusiva a las mujeres está vinculada a la exaltación de la maternidad, hecho que transmuta culturalmente una potencia biológica femenina en un obstáculo para el desempeño público e integral de la mujer²⁰; se puede decir lo mismo de los hombres cuando la cultura a partir del cuerpo define a la calle como el escenario de lo masculino y les exige asumir conductas brutales, bélicas, depredadoras, competitivas y agresivas que van en detrimento del desarrollo y ejercicio de su condición humana.

En el caso de Colombia la violencia social alcanza registros escalofriantes, es así como al preguntar a un menor de edad que pertenece a un grupo armado ¿qué es el arma para él?, responde: “el arma es como la mamá de uno [...] en la guerrilla enseñan que al arma hay que cuidarla por encima de todo, porque ella es la que lo protege a uno”²¹. Muchos de los/las jóvenes colombianos/as son inscritos en un sistema social centrado en el poder de las armas y obtienen su identidad y reconocimiento por llevar un fusil al hombro o una pistola en el bolsillo, con lo cual crean la ilusión de protección y seguridad que no garantiza el Estado.

Un joven que integró un grupo paramilitar y luego hizo parte del ejército nacional dijo en una entrevista: “yo tomaba pólvora mezclada con leche para calmar los nervios, para mantenerme enérgico, como con ganas de que pase la tropa por el frente para matarla”²².

²⁰ La maternidad es decisión y no destino, no es coherente que las conductas estén determinadas para todas y todos a partir de lo que hace parte de la autonomía de la persona; las sociedades deben permitirse comprender la multiplicidad que encarnan sus integrantes y no anclarlos a posiciones que si por efecto de resonancia, exaltan ciertas potencias, desconocen muchas otras.

²¹ Testimonio tomado del Boletín No. 2 de la Defensoría del Pueblo, *¿Niñez y sus derechos?*, mayo 1996, p. 17.

²² *Ibíd.*, p 21.

Según el Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes), ya en 1997 en Colombia existían 920.000 desplazados, de ellos 553.000 eran menores de dieciocho años lo que equivale al 60% del total. Una mujer relata su experiencia: “llegaban de noche a las casas y sacaban a las personas por el techo, levantaban las hojas de cinc y sacaban a las gentes de las casas tirándoles las patas. A una vecina mía le cortaron los senos, la violaron y le echaron un líquido en la vagina [...] yo no iba a permitir que me pasara lo mismo, por eso me fui”²³.

En el conflicto colombiano intervienen múltiples agentes como la guerrilla, dispersa en diferentes grupos; paramilitares diseminados en milicias, fuerza pública distribuida en ejército y policía, además de múltiples procesos delictivos urbanos como las bandas de jóvenes y de sicarios. Las causas están relacionadas con la lucha por el poder territorial y el ejercicio de la autoridad en búsqueda de un control municipal, con la contienda económica provocada por la distribución y posesión de la tierra y otros bienes, con el conflicto social tejido por procesos históricos que diseñan relaciones jerárquicas y que conllevan a la fragmentación de creencias y a la eliminación de alteridades.

Con esta propuesta se busca comprender la interacción cultural entre lo global y lo local articulada a la tensión entre el empoderamiento tecnológico, económico, ideológico y bélico de Occidente y las experiencias locales que operan como una suerte de pedagogía de resistencia a la eliminación de la heterogeneidad. La pretensión de homogeneización cultural puede verse en el silenciamiento de los propios mitos y en la negación del desarrollo público de la persona mediante la creación del sentimiento de indignidad por ser indio, negro, pobre, zambo, mujer, en síntesis, otro/a.

²³ Boletín de la Defensoría del Pueblo No. 4, *Niñas y niños en condición de desplazamiento forzado*, junio, 1998, p. 22.

Modos de habitar en una “tierra en plena maduración”

A partir de esta propuesta se diseñaron talleres en los que se tematiza el papel ético de los padres y las madres, para atender los problemas de iniciación en la vida sexual y de embarazos no deseados entre adolescentes, identificados en datos estadísticos, y para fomentar la conciencia crítica sobre el consumo exacerbado que obstaculiza entre las adolescentes el pleno conocimiento del propio cuerpo como referente primero, convirtiéndolo en un instrumento al servicio de la industria con el que se enajena a la persona y va en contra de la autonomía y de la reflexión sobre sí misma/o.

Estos talleres estuvieron orientados a contribuir con los procesos formativos de niñas de siete y diecisiete años, rodeadas de circunstancias y expectativas culturales diferentes. Las más pequeñas, más espontáneas en los modos de habitar su cuerpo, su palabra y su acción como desarrollo público de la persona en formación, configuran su ser y estar en el mundo, su devenir e interacción con la sociedad, expresando su gusto e intención frente a cada circunstancia vital como si se tratase de un acontecimiento, es decir, de un encuentro consigo misma/o y con las otras/os que mediante el doble, imaginado y creado en el juego, les permite ampliar sus horizontes de comprensión.

Estas niñas conviven con la tradición en la época generacional de la innovación, su desarrollo describe el oscilar entre los dones de la madre representados en el calor del hogar, y la disciplina patriarcal puesta en escena en el uniforme, el horario y las relaciones civiles que se viven en el aula de clase. Iniciación escolar que se convierte en ritual por el que se marca el distanciamiento entre el escondite propio y la calle, por el que se incorpora la diferenciación entre el topos de la morada, del afecto y la madre, y el topos donde se instala el desarraigo, el desapego y la ley del padre. ¿Mimesis cultural del hecho biológico que ocurre al nacer cuando con el corte umbilical se nos des-liga

de la madre? ¿Acciones culturales que nos instalan en el simulacro y nos crean la ilusión de que nacemos y vivimos solas/os?

Exigencia de desapego que al colonizar la vida pública e institucionalizada de la escuela actualiza el principio patriarcal que conduce a la agresividad y a la competitividad como única vía hacia la sobrevivencia individual en detrimento de la patria humana.

La adolescente pasa por un proceso complejo de fluidos y transformaciones que, en una suerte de epidemiología de sentires y ebullición de emociones, atropellan su cuerpo; segmentos de experiencia vital que inauguran la conciencia de traer vida a la vida y provocan preguntas relativas a la identidad femenina. Incertidumbres que por gravitar en torno al carácter inefable e intempestivo del cuerpo, hacen palidecer la conciencia de la adolescente, desgarrada en la composición de una identidad oscilante entre quién se es y cómo se quiere ser. La adolescente se debate en la búsqueda de-sí, entre las restricciones y libertades que le ofrece su cultura, consciente de que tiene un cuerpo y es un cuerpo.

Sobre la palabra que es un don y látigo, que nos humaniza con todas sus potencialidades, y a la vez, nos constriñe a un orden lógico-social que asfixia y nos hace permanecer impávidas ante el devenir, como si al devenir le fuera negado el movimiento. La niña se pierde en su mundo de sueños y crea sus compañeras/os de juegos, las convierte en sus interlocutoras/es para sobrevivir a la pesadilla de las agresiones y menosprecio de los hombres, para fugarse de la palabra punzante de la abuela, de la madre; la niña juega para emanciparse.

En el juego habla y eso otro a quien dirige su palabra la acompaña, no la coacciona; al contrario, la escucha y lo hace su cómplice. Los/as compañeros de juego son flexibles y acompañan a toda niña, a cada niña permitiéndole la realización de su voluntad; son como masilla para la fantasía y un día pueden hablar, al siguiente escuchar, unas veces servir para descansar, otras para correr, en fin, siempre están ahí.

A través del juego se puede recuperar la potencia de la palabra inscrita y verbalizada opuesta a la imposición, y se favorece la emancipación y la enunciación de un yo que celebra y reclama la diferencia y la autonomía dando lugar a un juego polifónico de alteridades entre madre-hija, tradición y presente. Con este juego se aniquila la pretensión de la madre patriarcal que desea una mimesis de sí-misma: una hija que actúe como copia de ella, postergando su yo en favor de otros, que cocine, trabaje, se case y tenga impecable-implacable su hogar, pretensión también vigente cuando se estimula, en los últimos tiempos, la calificación laboral como requisito para cotizarse mejor en el mercado matrimonial y anticiparse al evento del abandono del marido.

‘Pobre’ de aquella subversiva a la palabra de la madre, porque se revela a la tradición encarnada en la abuela y a la genealogía femenina desprendida de la ley patriarcal, a ella le acontece una crisis gramatical pues rompe con los sustantivos y verbos de su tradición, se aleja de los mitos y logos que le asignaron identidad, se distancia de los valores y adjetivos por los que fue definida mujer. ¿Y qué le queda, qué le ofrece el orden lógico-social? Ostracismo, censura, exclusión, pero también ficción y juego, camino de apertura al mundo posible²⁴. Algunas soñamos con otras palabras y otros contenidos de lo femenino y de lo masculino que nos permitan configurar Modos de habitar en “una tierra en plena maduración”, con los que se reclame y no se tema a la fragilidad, al asombro, a la alteridad y a la contingencia; en los que tengan cabida el exceso, la irrupción, la vida, donde la autoconciencia sea un horizonte y no un lugar de partida. Otras creen “emanciparse” de la genealogía femenina tradicional, pero ésta, cual sombra, las acompaña, y cuando se mira al lado y se le ve ahí, crece el sentimiento de

²⁴ Ficción es en esta propuesta todo acto creador; su significado está vinculado a la incesante posibilidad humana de creación que oscila entre el ver y el imaginar, el experimentar y el re-conocer. No hace referencia a una mera invención como mentira.

dolor-culpa por la idea de “fragmentación”²⁵ ante esa tradición, se incuba la duda frente a los sujetos y verbos que se enuncian, y surge aplastante la pregunta ¿por qué no soy como otras, por qué no hago lo que otras, por qué este dolor?

Con la formación una/o se apropia aquello en lo cual y por lo cual se forma, con la formación se incorpora para-sí de manera que se materializa la historicidad: formando se forma a sí misma, la mujer narrando se narra a sí misma, se autoconfiere identidad, se refigura y re-describe anudando realidad y libertad, destino y utopía, cotidianidad y ficción, palabra y vida. “La idea es que cuanto adquiere un ‘poder’, una habilidad, gana con ello un sentido de sí misma”²⁶.

A pesar de la violencia desplegada en algunas de las acciones con las que se define la cotidianidad de mujeres y hombres en Colombia, persiste en el sentido común la narrativa oral y el juego, en ambos se proponen alternativas pacíficas para la resolución de conflictos; en la base de esta lógica oral y lúdica, y operando como una forma de resistencia, está la imaginación, con ella la madre y el orden simbólico de lo femenino que recuerda la atadura a la propia tierra, y actualiza esa lógica primera, esa lengua materna de la vida que sin dejarse aniquilar por el lenguaje artificial y homogeneizante de la técnica, restaura los nexos de la patria.

²⁵ El dolor-culpa frente a una fragmentación considerada peyorativamente, denotación que por temática no desarrollaremos en esta oportunidad, se corresponde con una exigencia del orden lógico-social que no consulta a la persona como proyecto irrealizable y por ello siempre en formación, al contrario, parte del supuesto de que la persona es un ser, un ente constante y por ello verdadero, que permanece invulnerable a sus encuentros vitales, unidad simple opuesta a compleja, así la fragmentación es definida como patología y no tal vez como adaptación constante e inestable al flujo de la vida. Nosotras vemos a la fragmentación como condición necesaria para estar-en-el-mundo, que habla de nuestra afectación por todo aquello que nos rodea, un ser en tanto cerrado no se deja decir, celebramos nuestra fragmentación como virtud que posibilita la acogida de la vida.

²⁶ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método 1*, *op. cit.*, 13, p. 41. La cita se sometió a una refiguración con la intención de potenciar el sentido del párrafo.